



## ANDRES BELLO

### Fragmento

Marcelino Menéndez y Pelayo



A gran figura literaria de este varón memorable basta por sí sola para honrar, no solamente a la región de Venezuela, que le dio cuna, y a la República de Chile, que le dio hospitalidad y le confió la redacción de sus leyes y la educación de su pueblo, sino a toda la América española, de la cual fue el principal educador... Acerca de Bello se han compuesto libros enteros..., y aun puede escribirse mucho más, porque no hay pormenor insignificante en su vida, ni apenas materia de estudio en que él no pusiese la mano. Sus timbres de psicólogo, de pedagogo, de jurisconsulto, de publicista, de gramático, de crítico literario, no han oscurecido (por raro caso) su gloria de poeta, vinculada, no en raptos pindáricos ni en creaciones muy originales, sino en unas cuantas incomparables traducciones, y en un número todavía menor de fragmentos descriptivos de naturaleza americana, donde el estudio de la dicción poética llega a un grado de primor y perfección insuperables, y en los cuales renace la musa virgiliana de las *Geórgicas* para cantar nuevos frutos y nuevas labores y consagrar con su voz las vírgenes florestas del Nuevo Mundo.

Su prosa no es brillante, ni muy trabajada, pero es modelo de sensatez, de cordura y de cautelosa doctrina. Escribía como hablaba, enseñando siempre, con maravillosa claridad y orden didáctico, como quien va más atento al provecho común que a la vana ostentación del saber propio.

No procede juzgar aquí a Bello como escritor polígrafo; pero no sería justo, tratándose de tal varón, recordar sólo su gloria de poeta. Es cierto que sus versos han de ser en definitiva lo que de sus obras conservará valor absoluto, porque la misma índole didáctica de los demás trabajos de Bello, y el constante progreso que va renovando las materias sobre que principalmente versan, acabará por relegarlos a la historia de la ciencia, única inmortalidad que pueden esperar los libros doctrinales cuando desaparecen de la común enseñanza. Pero hay todavía son útiles y enseñan mucho; y por otra parte sería difícil caracterizar el arte docto y laborioso de los versos de Bello sin representarlos primero, aunque sea de un modo general, el mundo de ideas que removi6 su espíritu, y el rico fondo de cultura, sobre el que pudo echar raíces y brotar lozana, con pompa de flores y de frutos, la palma de su exquisita poesía.

Sección de las más numerosas e importantes forman en el conjunto de las obras de Bello las relativas a cuestiones filológicas: su célebre *Gramática de la lengua castellana* (1847), sin duda la que en nuestro siglo ha obtenido más reimpressiones y ha servido para estudio de mayor número de gentes y ha logrado comentadores y apologistas más ilustres; su *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*, que con ser trabajo de sus primeros años, anterior a su viaje a Inglaterra (si bien no publicado, y sin duda con grandes enmiendas, hasta 1841), no deja de ser el más original y profundo de sus estudios lingüísticos; sus *Principios de ortología y métrica* (1835), definitivos en cuanto a la doctrina general, y universalmente admitidos hoy por los mejores prosodistas, especialmente en las cuestiones relativas a sinalefa e hiato, que parecen agotadas por Bello. No pertenecen estos libros suyos al novísimo movimiento de la filosofía histórica, y ya bastarían sus fechas para indicarlo;

pertenecen a la escuela analítica, aplicada por un entendimiento vigoroso y sutilísimo, que logra defenderse de la abstracción ideológica (a que fácilmente conduce el abuso de las teorías gramaticales), merced a la observación, diaria y familiar del uso de los maestros de la lengua. Así es que a él se debe, más que a otro alguno, el haber emancipado nuestra disciplina gramatical de la servidumbre en que vivía respecto de la latina, que torpemente se quería adaptar a un organismo tan diverso como el de las lenguas romances; y a él también, en parte, aunque de modo menos exclusivo, el haber desembarazado nuestra métrica de las absurdas nociones de cantidad silábica, que totalmente viciaban su estudio... Los tratados gramaticales de Bello son, ciertamente, obras de transición: traspasan los límites de la gramática empírica (como lo era todavía la de Salvá), pero no llegan a invadir los de la moderna gramática comparativa; pertenecen al período intermedio, al período razonador y analítico... Bello estudió aisladamente el castellano: le estudió por vía discursiva y en su estado moderno; no pretendió hacer la gramática histórica de la lengua. Su objeto no era erudito, sino esencialmente práctico; quería restablecer la unidad lingüística en América y oponerse al desbordamiento de la barbarie neológica, sin negar por eso los legítimos derechos del regionalismo o provincialismo. Y esto lo consiguió plenamente; fue aún más que legislador por todos acatado; fue el salvador de la integridad del castellano en América, y al mismo tiempo enseñó, y no poco, a los españoles peninsulares...

A los méritos eminentes de filólogo, corresponden en Bello otros no menos positivos y memorables, de investigador y crítico literario. Hasta la publicación de sus obras completas no se le ha hecho plena justicia en esta parte por lo disperso de sus trabajos y por ser de gran rareza en Europa, y aun inasequibles a veces, las revistas y periódicos en que primitivamente los dio a luz. En las cuestiones relativas a los orígenes literarios de la Edad Media y a los primeros documentos de la lengua castellana, Bello no sólo aparece superior a la crítica de su tiempo, sino que puede decirse sin temeridad que fue de los primeros que dieron fundamento científico a esta parte de la

arqueología literaria. Desde 1827 había ya refutado errores que todavía persistieron, no sólo en los prólogos de Durán sino en las historias de Ticknor y Amador de los Ríos. Bello probó antes que nadie que el asonante no había sido carácter peculiar de la versificación española, y rastreó su legítima filiación latinoeclesiástica en el ritmo de San Columbano, que es del siglo XI, en la *Vida* de la condesa Matilde, que es del siglo XI, y en otros numerosos ejemplos; le encontró después en series monorrimas en los cantares de gesta de la Edad Media francesa, comenzando por la *Canción de Rolando*; y por este camino vino a parar otra averiguación todavía más general e importante, la de la manifiesta influencia de la epopeya francesa en la nuestra, influencia que exageró al principio, pero que luego redujo a sus límites verdaderos. Bello determinó antes que Gastón París (1) y Dozy (2) la época, el punto de composición, el oculto intento y aun el autor probable de la Crónica de Turpin. Bello negó constantemente la antigüedad de los romances sueltos, y consideró los más viejos como fragmentos o rapsodias de las antiguas gestas épicas compuestas en el metro largo de diez y seis sílabas interciso. Bello no se engañó ni sobre las relaciones entre el *Poema del Cid* y la *Crónica general*, ni sobre el carácter de los fragmentos épicos que en ésta aparecen incrustados y nos dan razón de antiguas narraciones poéticas análogas a los dos que conversamos, ni sobre las relaciones entre la *Crónica del Cid* y la *General*, de donde seguramente fue extractada la primera, aunque quizá por virtud de una complicación intermedia. Aun sin saber árabe, adivinó antes que Dozy la procedencia arábiga del relato de la *General* en lo concerniente al sitio de Valencia... Bello, con el solo esfuerzo de su sagacidad crítica, aplicada a la imperfecta edición de Sánchez, emprendió desde América la restauración del *Poema del Cid*, y consiguió llevarla muy adelante, regularizando la versificación, explicando sus anomalías, levantando, por decirlo así, la capa del siglo XIV, con que el bárbaro copista del manuscrito había alterado las líneas del monumento primitivo. En algún caso adivinó instintivamente la verdadera lección del códice mismo, mal entendido por el doctor y benemérito Sánchez. La edición y

comentario que Bello dejó preparada del *Poema del Cid*, infinitamente superior a la de Damas—Hinard, parece un portento cuando se repara que fue trabajada en un rincón de América, con falta de los libros más indispensables, y teniendo que valerse el autor casi constantemente de notas tomadas durante su permanencia en Londres, donde Bello leyó las principales colecciones de textos de la Edad Media, y aun algunos poemas franceses manuscritos. Pero en Chile ni siquiera tuvo a su disposición la *Crónica general*, y por mucho tiempo ni aun pudo adquirir la del *Cid*, publicada por Huber. Cuarenta años duró este trabajo formidable, en que ni siquiera pudo utilizar Bello la imperfecta reproducción paleográfica de Janer, que sólo llegó a sus manos en los últimos meses de su vida; ni siquiera las conjeturas, muchas veces temerarias, de Damas—Hinard, cuya traducción no vio nunca. Y, sin embargo, el trabajo de Bello, hecho casi con sus propios individuales esfuerzos, es todavía a la hora presente, y tomado en conjunto, el más cabal que tenemos sobre el *Poema del Cid*, a pesar de la preterición injusta y desdeñosa, si no es ignorancia pura, que suele hacerse de él en España. No hay que decir las ventajas enormes que su *Glosario* lleva de Sánchez, ni el valor de las concisas pero muy fundamentales observaciones sobre la gramática del *Poema*. Un libro de este género, que comenzado en 1827 y terminado en 1865, ha podido publicarse en 1881, sin que resulte anticuado en medio de la rápida carrera que hoy llevan estos estudios, tiene sin duda aquella marca de genio que hasta en los trabajos de erudición cabe. El nombre de Bello debe ser de hoy más, juntamente con los de Fernando Wolf y Milá y Fontanals, uno de los tres hombres clásicos en esta materia.